

pacio de quince siglos, y por otra ven que la Iglesia Católica que aborrecen se continúa desde nosotros hasta llegar á la época de ese hecho grandioso, con tanta union, con vínculos tan estrechos y multiplicados, con caracteres tan evidentes de identidad, que es absolutamente imposible poner en duda que ella fué la que en aquellos primeros tiempos empezando por Jerusalem y extendiéndose en seguida por todas las naciones, les llevó á todas la luz del Evangelio. Es imposible disputarle esta gloria á nuestra Iglesia, ni aun se le pueden dar en ella, no ya competidores, pero ni siquiera participantes.

Ya pues que á nuestra Iglesia, y solo á nuestra Iglesia pertenece el honor de haber desengañado al mundo y haber establecido sobre la tierra el Cristianismo, detengámonos por unos momentos á contemplarla bajo ese aspecto sublime y del todo celestial y divino en que se nos presenta como la salvadora de la humana inteligencia. Nada mas triste que el estado intelectual y moral del mundo al tiempo de aparecer el Cristianismo. Habia llegado el hombre hasta lo último de la degradacion. ¿Qué mayor ultraje pudiera haber hecho á su dignidad que postrarse ante las mas viles criaturas y rendirles los honores divinos? Siendo inteligente jamás debiera haber olvidado su superioridad sobre todos los objetos que se le presentan en la naturaleza, y que solo debia reconocer y adorar como autor de su ser á la Infinita Inteligencia en que está la verdad eterna fundamento y origen de toda verdad y la luz indeficiente de donde viene toda luz á la mente de los mortales. Pero no solo se degradaba el hombre adorando como á Dios á las criaturas destituidas de inteligencia y aun á las obras de sus propias manos, sino que llegó á tal punto su insensatez y su miseria que divinizó las mas vergonzosas pasiones, y fingió y se postró ante dioses que protegían el robo, la embriaguez, la disolucion. Y no solo era esta la suerte de los pueblos bárbaros y de los civilizados, sino que la de estos últimos era todavía mucho mas lamentable. Su cultura que parece debiera haberles servido, si no para desengañarlos, al menos para disminuir el error ó despojarlo de sus formas mas repugnantes, no estorbó que sus errores fueran mucho mas multiplicados é inmorales. Dijo con mucha exactitud el Papa San Leon que «siendo Roma la señora de casi todas las gentes, era esclava de los errores de todas, y que se imaginaba haber adquirido una grande religion porque no rehusaba ninguna falsedad.» ¡Malhadado poder que en cambio de la dominacion material trajo á la inteligencia la mas ignominiosa servidumbre!

Ni puede decirse que estos errores se detuvieran en el terreno de una especie de extraviado misticismo, en cuyo caso poco tal vez se afectaría de ellos nuestro siglo materializado. La religion es esencialmente práctica: no puede menos que descender de las contemplaciones espirituales al terreno de las costumbres: la religion está en estrecha relacion con la ciencia y con todo aquello de que depende primitivamente el orden y la dicha de las sociedades: por consiguiente, los grandes extravíos religiosos importan por su propia naturaleza grandes extravíos morales, científicos y sociales. Así sucedia en la antigüedad pagana, ¿Quién podrá negarlo? Ahí tenemos las divinidades protectoras de los vicios y su culto profundamente inhumano en que tantos escándalos é infamias se cometían creyendo honrar á Dios con ellas.

¿Y qué mayor incentivo para delinquir, que el llegar á establecer como punto de creencia religiosa que la Divinidad se complace y es honrada con los crímenes y que protege á los que los cometen? ¿Puede concebirse subversion mas completa de las nociones mas esenciales de la moral? Ahí tenemos tambien tantas doctrinas inmorales, degradantes y antisociales sentadas por los filósofos: ya se establece el deleite como el gran principio moral; ya se niega la Providencia, ya la espiritualidad del alma, ya su libertad; ya se sienta la eternidad del mundo, ya se atribuye al acaso la fábrica admirable del Universo, ya se establece una necesidad indeclinable, superior á todo poder aun divino, á que estén sujetos los hombres y aun los mismos dioses, ya se atribuye á los astros una influencia decisiva sobre las operaciones humanas, ya se dice que hay hombres esclavos por naturaleza. Pero seria muy largo referir todos los errores que emanaban de la idolatria y la acompañaban. Bien conocida es la triste historia del mundo pagano. La inteligencia se precipitaba cada día en absurdos mas monstruosos, porque habia perdido el norte en sus investigaciones: las masas ignorantes seguían por rutina sus prácticas supersticiosas, y los filósofos variaban y disputaban, surgiendo de la incertidumbre, como era natural, el escepticismo y la irreligion que carcomían ya la sociedad pagana. Las costumbres eran cada vez mas perdidas; las pasiones se desencadenaban, autorizadas por la misma religion; gemían en dura esclavitud innumerables criaturas racionales; eran desconocidos los derechos de la muger; la dignidad humana era ultrajada de mil maneras, y la tiranía se hallaba sistemada en la sociedad civil y en el hogar doméstico, y era tirano el señor con sus esclavos, el marido con la muger y el padre con sus mismos hijos: tal era el estado de la sociedad en el tiempo anterior al Cristianismo.

Y los errores, los crímenes y la degradacion eran universales. ¿Dónde podria encontrarse un principio reparador? ¿dónde estaria el gran bienhechor que levantara al mundo de tan deplorable estado de abyeccion? Nada valen los esfuerzos de la humana inteligencia; nada pueden los filósofos: la experiencia lo está demostrando con la última evidencia. Es palpable que el hombre necesita de un auxilio superior, de una luz que le venga de lo alto para que se disipen las sombras en que anda perdido: necesita de la fé. El Señor por su bondad se digna conceder este poderoso auxilio con el cual ciertamente se salvará el mundo que está perdido. ¿Pero á quién se encargará la importantísima mision de llevar la luz á las naciones y de hacerla resplandecer ante sus ojos hasta el fin de los tiempos, para que no vuelvan otra vez las tinieblas á extenderse sobre la faz de la tierra? ¡Oh! qué grande, que amable se presenta la verdadera Iglesia de Jesucristo al recibir del Maestro divino esta mision celestial! En ella se cumplirá aquella magnífica profecía de Isaías: «Levántate, esclarecete Jerusalem: porque ha venido tu luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre tí. Porque hé aquí que las tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad los pueblos; mas sobre tí nacerá el Señor, y su gloria se verá en tí. Y andarán las gentes á tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento. Alza tus ojos al derredor, y mira: todos estos se han congregado, vinieron á tí: tus hijos vendrán de lejos, y tus hijas del lado se levantarán. Entonces verás y te enriquecerás, y tu corazón se maravillará y ensanchará, cuando se convirtie-

re á tí la muchedumbre del mar, y la fortaleza de las naciones viniere á tí." La institucion de la Iglesia es el pensamiento divino para salvar al mundo; la predicacion de la Iglesia es el medio divinamente establecido para que todos los hombres vean la luz de la verdad; por esto el divino Maestro llamó á sus predicadores *luz del mundo*.

La Iglesia aceptó y cumplió la mision sublime: las palabras de sus primeros predicadores se hicieron oír hasta las extremidades de la tierra, segun lo habia anunciado el real Profeta. "In omnem terram exivit sonus eorum; et in fines orbis terrae verba eorum." (Salmo 18) Los pueblos á donde no habian llegado las victoriosas armas de los romanos fueron iluminados con la nueva predicacion y entraron á formar parte del imperio de Jesucristo; aun las gentes del Nuevo Mundo con cuyo descubrimiento habria de realzar su gloria en el siglo XVI la mas poderosa de las naciones europeas, segun hay gravísimos fundamentos para creerlo, recibieron en aquellos tiempos la luz del Evangelio. Estos fueron los grandiosos principios de la Iglesia católica, es decir, *universal*, que con paso firme y seguro habia de atravesar todo el curso de los siglos hasta llegar á la consumacion de los tiempos y presentarse llena de gloria ante el mismo que la fundó y que vendrá entonces como juez á tomar á todos cuenta de sus obras. La Iglesia católica por lo mismo, fué el gran bienhechor, el medio por el cual recibió el mundo la verdadera fé y se levantó de su abyeccion y los hombres pudieron vivir de un modo conveniente á la dignidad de su naturaleza y á la dignidad mucho mas encumbrada á que los elevó la gracia del Redentor.

La Iglesia católica declaró una guerra sin tregua á todos los errores. Luchó por trescientos años con el mundo idólatra, con los soberanos idólatras, con los políticos y los filósofos idólatras, con las costumbres y las tradiciones de la idolatría, con la moral corrompida y con todos los intereses que estaban ligados con la misma idolatría: luchó derramando la sangre de sus hijos, haciendo oracion por sus enemigos y acrecentando con muchos de ellos el número de los fieles: luchó aumentando cada dia el catálogo de sus mártires que contaba por millares, y la lista de los pueblos que se le agregaban. Se desató contra ella la persecucion; pero la persecucion, decia Tertuliano, «no la espanta, porque siendo extranjería en la tierra sabe que ha de hallar enemigos donde quiera, y siendo hija del cielo, tiene allí su trono, sus esperanzas, su honor y su gloria.» Entró en la lid con el poder romano, con aquel poder que habia oscurecido las glorias de Cartago, á quien rendia humilde vasallage el pueblo de los griegos esclarecido en las ciencias y en las armas, que tenia ya subyugado al pueblo antes escogido en que brilló la gloria de David y Salomon, y que habia domado la ferocidad de los mismos bárbaros; á ese poder que dominaba al mundo y hacia temblar al mundo, solo la Iglesia católica se atrevió á desafiarlo en los dias de su grandeza: y lo desafió, no con las armas materiales, no con los ejércitos que pueden ser destruidos por la superioridad de la fuerza física ó ganados con el dinero, sino con aquellas armas que llama el Apóstol de las gentes *las armas de la justicia*, con la fuerza de la verdad, con la conciencia del deber, con la firmeza incontrastable en la profesion de los principios, con la paciencia y la confianza en Dios. Jamás se habia pre-

sentado mas en grande la lucha del espíritu contra la carne, ni jamás habian sido mas espléndidos los triunfos del segundo. La multitud corrió en pos de la verdad manifestada, sin que nada hubiera sido capaz de contenerla: el número de los convertidos espantaba á los idólatras y llenaba de regocijo á los cristianos, al mismo tiempo que la justificacion de su doctrina ponía á sus perseguidores en la indeclinable necesidad de declararse injustos. «Plinio el jóven, dice Tertuliano en su Apología, siendo gobernador de Bitinia despues de haber condenado á muerte á algunos cristianos y quitado á otros sus empleos, espantado de su número, preguntó al emperador Trajano que deberia hacer. Dicle en una carta que cuanto habia descubierto con relacion á los misterios de los cristianos (fuera de su obstinacion en no sacrificar á los idolos) se reducía á celebrar sus juntas antes de amanecer, cantando en ellas alabanzas á Cristo su Dios; que conservaban entre sí una recíproca disciplina; que prohibian el homicidio, el adulterio, el fraude, la traicion, y en general todos los crímenes. Trajano le contestó que no debia buscar á los cristianos, pero sí castigarlos cuando le fuesen denunciados.» Tan grande así era el número de los creyentes que ya ni aun queria el emperador romano que se hicieran pesquisas para encontrarlos. Decia tambien al senado Romano el mismo Tertuliano. «Nosotros llenamos todo el imperio, las ciudades, las plazas fuertes, los arribales, las tribus, las decurias, los ejércitos, el senado, el palacio, las plazas públicas. No os dejamos sino los templos de los dioses: allí solo no se ven cristianos.» De este modo avanzó la Iglesia haciendo cada vez mas y mas conquistas interesantísimas, hasta que despues de trescientos años conquistó á los mismos emperadores, haciendo súbditos de los sucesores de un pescador á los que eran soberanos del mundo. Así fué combatida la idolatría por la fé católica; así fueron extirpados los errores y restablecido el hombre en su dignidad y el mundo regenerado. Hé aquí el grande interes, los beneficios inestimables que dispensó al mundo nuestra fé en la época misma del establecimiento de la Religion Católica. En ella estuvo la salvacion y la vida; fuera de ella no se encontraba sino el caos y la ruina intelectual, moral y social del mundo.

Que los protestantes, si les es posible, vengan á arrebatarnos estas glorias; que se honren con nuestros predicadores, con nuestros ejércitos de mártires que empapando la tierra en sangre preciosa afianzaron en ella el imperio eterno de la verdad; que prueben que les pertenecieron aquellos tiempos de heroísmo, que sus sectas son las que hicieron amanecer para el humano linage el gran dia de reconciliacion, de paz y de salud, que sus fundadores fueron la *luz del mundo* que encendió para siempre el *Esplendor de la Luz Eterna* cuando habitó con los hombres encubierto con el velo de la carne humana, y que ellos disiparon las tinieblas que cubrian la tierra y la espesa oscuridad en que los pueblos se hallaban sepultados. Que demuestren estas cosas los protestantes y veneraremos en ellos á la verdadera Iglesia de Jesucristo. ¡Oh! Pero dar estas demostraciones es del todo imposible; ni á la imaginacion mas delirante pudiera ocurrir una pretension tan extraña é inasequible. Cuanta fuera la necesidad del que envidiando las obras de Dios pensara bajar las estrellas del cielo para engastarlas en los techos de su morada terrenal, tanta así ó mayor seria la del

hereje que quisiera trasladar á su secta los astros que colocó la mano del Señor en el firmamento espiritual de su Iglesia, como si la invencion del hombre pudiera esclarecerse con la luz purísima que el Altísimo ha hecho brillar en la obra inimitable en que con tanta magnificencia se ostenta sabio, poderoso, invencible y lleno de bondad para con nosotros.

[Continuará]

PRESB. AGUSTIN DE LA ROSA.

OBSERVACIONES AL DISCURSO APOCRIFO Y HERETICO ATRIBUIDO AL SR. OBISPO STROSSMAYER CONTRA LAS PREROGATIVAS DEL SUMO PONTIFICE Y REPRODUCIDO EN VARIOS PERIODICOS. — EXAMEN DE LOS DEMAS ARGUMENTOS ADUCIDOS CONTRA EL PRIMADO DE SAN PEDRO.

(Continúa.)

X

Después de haber mentido con tanta impudencia el pretendido pastor de la Iglesia al hablar del Apóstol de las Gentes, prosigue impávido su innoble tarea aspirando el impuro álito de su audaz perfidia sobre los escritos de San Juan, Santiago y San Lucas, por si lograre empañar de esta manera la lucidez de esos ilustres nombres.

«Ni en los escritos de San Pablo, dice; San Juan ó Santiago, descubre traza alguna ó germen del poder Papal. San Lucas, el historiador de los trabajos misioneros de los Apóstoles, guarda silencio sobre este importantísimo punto. El silencio de estos hombres santos, cuyos escritos forman parte del cánón de las divinamente inspiradas Escrituras, me parece tan penoso é imposible, si Pedro fuese Papa, y tan inexcusable como si Thiers, escribiendo la historia de Bonaparte, omitiese el título de emperador.»

No sabemos que admirar mas en el párrafo anterior: si la imperturbable serenidad con que se miente, ó la torpeza con que se confunden las naturalezas de las cosas apropiando á las unas atribuciones de otras que nada tienen de comun con la incumbencia de las primeras. Patentizemos ambos conceptos.

Hablamos ya largamente del Apóstol San Pablo. Nos ceñiremos, por tanto, á los otros tres escritores citados en el pasage copiado.

Es falso, abiertamente falso que San Juan y San Lucas hagan punto omiso de la Supremacía de San Pedro. Por lo que al primero toca, además del pasage ya citado y desarrollado (véase la entrega X, pág. 156) en que el Salvador constituye á San Pedro Pastor de la Iglesia Universal, cometiéndole el cuidado de toda la grey, el apacentamiento de ovejas y corderos, podemos todavía presentar los dos siguientes. 1.º Habiendo reconocido Andrés el hermano de Pedro á Jesucristo como Mesías, lo anunció á Simon, «Y e llevó á Jesus. Y Jesus le miró y dijo: Tú eres Simon hijo de Joná:

Tú serás llamado Chepas, [que se interpreta Pedro]» cap. 1. v. 42], palabras por cierto grandemente significativas que á la vez que ostentaban la Divinidad del Interlocutor Divino, abrian tambien con la mudanza expresiva del nombre primero del discípulo los hondos cimientos de la grandiosa obra para la cual le destinara el Fundador Excelso de la Iglesia. 2.º Cuando el mismo Jesucristo, estando ya para volver al Padre descubrió todos los tesoros de amor que se encerraban en su pecho, «sabiendo que el Padre le habia dado todas las cosas en las manos,» lleno de gloria y de poder, elevado sobre todos los Angeles y sobre los hombres todos, para realizar el acto mas estupendo de humildad, asombro de los cielos y la tierra, se postra cual esclavo á los piés de los Apóstoles para lavárselos; y como la humildad no es enemiga de la justicia, como el respeto y honor debidos á la categoria de las personas y á la dignidad de que están investidas en toda sociedad bien ordenada, lejos de estar excluidos son reclamados, se adunan hermanablemente con todo acto de verdadera y acendrada humildad, el Divino Maestro que en todas sus acciones fijaba la norma de la conducta pública y privada, haciendo sus ejemplos leyes de la humanidad, preferentemente se dirige á Pedro (1) para que entendiera con esta preferencia remarcada el mundo entero y los habitantes mismos de la Jerusalem Santa que contemplaban estupefactos maravillas tantas, la dignidad excelsa del que quedaba constituido su Vice-gerente, su Plenipotenciario, su Virey en la monarquía universal de la nueva sociedad, y para que así como El siendo Maestro y Señor daba el ejemplo obrando de aquella manera, tambien nosotros, discípulos y siervos, nos condujéramos del mismo modo en nuestra esfera respectiva reconociendo y venerando en San Pedro y sus legítimos sucesores la autoridad augusta que sobre toda la Cristiandad les fuera conferida y reprodujéramos en todos nuestros proceder para con el Padre de los fieles hasta el fin de los tiempos un reflejo sempiterno de la actitud de Jesucristo en el cuadro sublime del lavatorio del Cenáculo. ¡Qué sacrificio! ¡Rendir al Vicario de Cristo en la órbita que nos compete un testimonio de honor que el mismo Dios no se sonrojó de tributarle para ejemplo nuestro! Verdaderamente los enemigos del Gefe de la Iglesia llegan al colmo de la insensatez al pretender levantar mas alto que el Rey Inmortal é Invisible

(1) Según Orígenes, el Señor comenzó el lavatorio por los últimos; y esto, porque así como el médico dedicado á la curacion de muchos enfermos, la comienza por aquellos que se hallan mas necesitados, así Cristo comienza por aquellos que tenían mas necesidad pasando después á Simon Pedro menos necesitado que los otros. Y con esto parecen ir de acuerdo las palabras del Evangelio que dice: comenzó á lavar los piés de los discípulos; y después se añade: venit ergo ad Simonem Petrum. En cuyas palabras parece que primero lavó los piés de los otros. Según San Crisóstomo y San Agustín comenzó Cristo por los principales de los Apóstoles. Agrega el primero que Judas como necio y soberbio, se antepuso á San Pedro, que ninguno de los otros se hubiera atrevido á anteponerse á San Pedro, y que del traidor habla el Evangelio cuando dice: comenzó á lavar los piés de los discípulos; mas Pedro como humilde y respetoso hacia su maestro se resiste con temor; lo mismo habria hecho cualquiera de los otros. El segundo explica el texto diciendo que primeramente refiere el Evangelista el hecho todo, y después el orden del hecho, es decir, refiere que lavó Cristo los piés de los discípulos y que esto lo hizo comenzando por San Pedro. (Santo Tomás Expos. del Evang. de San Juan cap. XIII. lec. 2.) Sea cual fuere la interpretacion que se siga, es claro que en ambas salta la preferencia dada por el Salvador al Principe de los Apóstoles.

de los siglos, cuando se inflan con su necia oposicion á las prerogativas del Papado y al condenar como baldon de la humanidad lo que el Hijo de Dios proclamó en sus obras como tipo divino de la perfeccion cristiana! Omitimos de intento otros pasajes de los escritos del discípulo amado, en los cuales implícitamente estan contenidas las prerogativas del Papado. Por lo que mira á San Lucas autor de un Evangelio y de los Hechos Apostólicos es todavía mas estupendo el atrevimiento con que el enemigo del Pontificado asegura que guarda silencio sobre el primado de San Pedro. Fuera de los lugares ya citados (v. Entreg. XIII y XIV pag. 203 y siguientes; y pag. 216 y siguientes) ¿no es manifestar claramente el escritor la superioridad del Príncipe de los Apóstoles el expresarlo primero que á sus colegas y con el mismo nombre que Jesucristo le impusiera, designando á la vez á los últimos en masa y bajo una denominacion genérica? Pues en verdad es una maravilla que habiendo recorrido el supuesto obispo todo el Nuevo Testamento y por consiguiente los Hechos Apostólicos con atencion escrupulosa no haya tropezado en ellos con un solo testimonio confirmativo de esa preferencia dada por San Lucas á San Pedro, cuando de ella ocurren ejemplos repetidas veces. Qué! ¿nada dicen los pasajes siguientes: «Mas estando en pié Pedro con los once, alzó su voz, y les dijo:» (Act. II. 14.) «Y respondiendo Pedro y los Apóstoles, dijeron:» [Act. V. 29.]? Además, el aparecer San Pedro en Jerusalem á la cabeza del Apostolado y dirigir él mismo al pueblo la palabra en presencia de sus compañeros, fundando desde luego en aquella ciudad la primera Iglesia; el habersele mandado por Dios en una vision celestial introducir, antes que lo hicieran los demas Apóstoles, á los Gentiles al seno de la nueva sociedad ¿no está diciendo con irresistible fuerza la altura á que se encontraba Pedro respecto de sus colaboradores, reconocida y acatada en el primer ejemplo por todo el venerable cuerpo del Colegio Apostólico y trazada en el segundo por la conducta de Aquel Pastor Eterno que por su mediacion llamaba al redil á las demas ovejas? Léanse como se debe los párrafos citados de las *Actas de los Apóstoles* (cap. 2 y 10), y se hará palpable que el supuesto silencio de San Lucas es tambien por esta vez una desembozada y solemne falsedad del fingido Strossmayer á la cual ya designamos desde luego su correspondiente puesto en la larga fila de las que hasta aquí hemos revisado. Por la razon que ya expusimos, no examinamos tampoco ni citamos ya mas lugares de los escritos de San Lucas en donde se consigna la soberanía suprema de San Pedro, debiendo hacer notar que solo en los *Hechos Apostólicos* enumera un autor veinte pasajes en que resplandece con irresistible brillo esa prerogativa augusta.

En la Epístola de Santiago no encontramos, por lo menos de pronto, testimonio alguno relativo á la jurisdiccion del hijo de Jonás. Esto nada tiene de sorprendente. En su carta da el Apóstol avisos saludables y máximas de edificacion. Amenaza con rigor á los esclavos de la soberbia, de la ambicion y de la avaricia; retrata los deplorables resultados de una lengua desenfrenada; prodiga consuelos á los que yacen en la pobreza y afliccion; presenta la senda de un vivir cristiano; y refiere todos nuestros males á nosotros mismos y todos los bienes á Dios: en suma, ese escrito puede considerarse como un libro moral y ascético muy á propósito para

la direccion de las almas que aspiran á la buena vida y á la perfeccion cristiana.

Esta Epístola es breve en las palabras; pero larga en las sentencias, como nota San Gerónimo. La moral cristiana se eleva en ella á una altura digna de la inspiracion derramada con singular profusion por el Divino Espiritu al *hermano del Señor*, al que por su señalada y eminente virtud era llamado el *Justo*, al que mereció ser elegido primer obispo de Jerusalem. Todo esto es verdad. ¿Pero se encuentra por ventura analogia ó trabazon alguna entre el objeto de ese escrito y la jerarquia eclesiástica? ¿La moral y la ascética son ciencias identificadas con la historia? Pretender, pues, que el Apóstol Santiago debiera haber hecho mencion de la Supremacia de San Pedro en su Epístola, es lo mismo que identificar la moral y la mística con la historia; hasta equivaldria á negar la existencia del imperio chino, porque Newton no desarrolla en su obra sobre el *Sistema del Mundo* las genealogías de los emperadores *celestes* de aquel país. Y sin embargo hasta allá se avanza el falso Strossmayer, por mas que le parezca *penoso, imposible, inexcusable*. Esa es precisamente su pretension al establecer parangon entre el silencio de Santiago y el de Thiers en cuanto al título de Emperador, escribiendo la historia de Bonaparte.

Reasumiendo, tenemos que el argumento que acabamos de discutir se compone de un nuevo embuste del mentido obispo en lo que ve á los escritos de San Juan y de San Lucas y de otro paralelismo absurdo entre dos atribuciones de naturaleza disparada en lo que al Apóstol Santiago se refiere. Pero aun cuando todos estos escritores hubieran hecho punto omiso de las prerogativas de San Pedro, nada sin embargo se podria establecer en contra de ellas. Bastaba que una sola vez en la Escritura ó en la Tradicion estuvieran consignadas, para no tildar con la menor duda su existencia. Nada de *penoso* ni *imposible*, nada de *inexcusable* seria el silencio de esos hombres santos por mas que sus escritos formen parte del *cánon de las divinamente inspiradas* Escrituras. Nada, como dijimos, tendria que ver el silencio de Thiers, si escribiendo la historia de Bonaparte, omitiese el título de emperador, con el silencio de los citados escritores acerca del Papado, ya se considerara tal omision solo en cuanto al nombre, ya tambien en cuanto á la realidad, sino es el haberse guardado silencio en uno y otro caso. Lo que sí es *inexcusable* es que el disidente de tal manera ignore ó desprecie las leyes de la lógica en cuanto al uso del argumento negativo en las cuestiones de la Historia. Lo que sí es *inexcusable*, y nos pareceria *penoso é imposible*, si no vieramos diariamente que los enemigos de la Iglesia no se paran en los medios para combatirla, si hasta por confesion de ellos mismos no supieramos que el mentir en nada les afecta y que de mentir algo queda, es que con tanta frescura niegue las cosas mas palpables, que se confíe tan cándidamente en que nadie habrá visto ó será capaz de abrir un libro para revolverle en la cara sus embustes, que con tanta calma y tan magistralmente haya intentado borrar de una pluma en este llamado argumento los elocuentes testimonios de San Juan y de San Lucas y no haya podido descubrir en ellos, tanta es su miopía, traza alguna ó germen del poder papal. Lo que sí por último llega al